



Escuchando a Cruyff

*Su vida y su fútbol
en 150 frases*

Edwin Winkels

ediciones
Lectio





Primera edición: noviembre de 2010

© Edwin Winkels
© Lectio Ediciones

Edita: Lectio Ediciones
C/ de la Violeta, 6 • 43800 Valls
Tel. 977 60 25 91
Fax 977 61 43 57
lectio@lectio.es
www.lectio.es

Diseño y composición: Imatge-9, SL

Corrección: Banús & Pros, Correctors

Impresión: Romanyà-Valls, SA

ISBN: 978-84-15088-03-5

Depósito legal: B-39.841-2010





*Para Marianne, Sara, Ferran y Joanna,
cuatro vidas entre Holanda y Catalunya*





Capítulo 1

*La vida, la familia
y el otro Dios*





Edwin Winkels

Igual de flaco que siempre, Johan Cruyff ya ha cumplido los sesenta. Cerca de la edad de jubilación, aunque él ya se retiró —o lo retiraron— a los 50 años. Desde su traumático despido en las entrañas del Camp Nou en 1998, el holandés vive bien, muy bien. Relajado, sonriente, cercano al fútbol, pero sin el estrés que suele conllevar cuando se es entrenador, Cruyff puede sentarse en un sillón de su segunda residencia en El Montanyà, en Osona, o sacar ahí sus palos de golf, y recordar satisfecho una vida con muchos más momentos de felicidad que de tristeza. Una vida increíble para un chaval de un pequeño barrio obrero de Amsterdam. No es la suya una historia de un niño que, gracias a su talento, logra salir de la vida miserable en una *favela* brasileña, pero tampoco tuvo una infancia fácil.

Nació en 1947, en la dura posguerra en Holanda, país que intentaba recuperarse de cinco años de invasión y violencia nazis, y cuando tenía 12 años perdió a su padre, que poseía una pequeña frutería que aportaba lo justo a la economía familiar. Seguramente, un chico que crece en esas circunstancias construye un espíritu de supervivencia, necesario, junto al talento, para convertirse en el mejor del mundo. Pero, pese a ser el mejor de su generación, uno de los tres o cuatro mejores en la historia del fútbol, Johan Cruyff apenas ha cambiado. Lo conocen en todos los rincones del mundo, pero él sigue siendo una persona sencilla, muy familiar, cercana, como el vecino del segundo tercero. Tiene sus puntos menos agradables, por supuesto, pero éstos surgieron más como entrenador, cuando podía ser una persona autoritaria, poseedor siempre de la razón. Sus jugadores le llamaban irónicamente *Dios*. El otro Dios también ha estado siempre presente en su vida. Él no cree en Dios, dice, pero cree en algo. Sobre todo desde que a los 43 años, uno menos que la edad que tenía su padre cuando murió, vio la muerte de cerca. Ahora, 20 años después, está más vivo que nunca.



«¿Johan Jordi?» me pregunta el funcionario. «Sí», digo, «Johan Jordi». Esperaba que me felicitara, pero nada. «Jordi es Jorge, así que su hijo se llama Jorge», me dice. «Jordi no existe»»

Pero, claro, Johan Cruyff no se rindió. Acababa de regresar de Holanda, donde Danny había dado a luz a su tercer hijo, que, igual que sus dos hermanas mayores —Chantal y Susila—, nació por cesárea en un hospital de Amsterdam, el 9 de febrero de 1974; Danny aún no se fiaba mucho de los hospitales en Barcelona. Ya había inscrito a su primer y deseado hijo varón en el registro civil en Amsterdam, con esos dos nombres, *Johan Jordi*, y cumplió con su obligación de presentarse también en el registro de Barcelona. La elección del nombre *Jordi* no fue un acto de fe catalanista, ni nada por el estilo. “Llevaba apenas cinco meses en Barcelona, no sabía casi nada de la lucha por la independencia. Solo nos gustó el nombre”, recordaría después en una inmensa biografía de 500 páginas de gran tamaño que se publicó en Holanda con ocasión de su sexagésimo aniversario. El problema es que al funcionario del aparato municipal franquista ese nombre no le gustó nada. El hombre insistía:

—El nombre de *Jordi* no existe aquí.

Cruyff ya empezaba a enfadarse.

—A ver, se llama *Jordi*, ¿no voy a saber yo cómo hemos llamado a nuestro hijo?

El funcionario, en aprietos ante la estrella azulgrana, le ofrecía una solución salomónica:

—Si no le quiere llamar *Jorge*, puede ponerle el nombre de *George*; eso sí existe.

Cruyff acabó saliendo a gritos del despacho, enseñando la documentación holandesa:

—Mire, señor, aquí lo pone, *Jordi*. Se llama *Jordi*, porque a su padre y a su madre les gustaba el nombre de *Jordi* y por eso le han llamado *Jordi*. Y si usted no lo inscribe como *Johan Jordi*, yo me voy a casa. Pero que sepa usted que yo he venido aquí a inscribir a mi hijo.

Cuatro días después de que la familia Cruyff regresara a Barcelona se disputaba el partido contra el Real Madrid, en el Bernabéu. El histórico 0-5, la obra magna de Cruyff en su época azulgrana como jugador. Precisamente para poder disputar ese partido se había planificado bien el nacimiento de Jordi, con una maniobra algo maquiavélica de Rinus Michels, el entrenador azulgrana. Johan lo recordaba, en 1975, en un célebre y breve libro dedicado a Cruyff, llamado *Boem*. “Michels me preguntaba: «Ya que el niño vendrá por cesárea, ¿se podría escoger un día a principio de la semana?» Era para que yo pudiese regresar a tiempo de Holanda y jugar el domingo después contra el Madrid. Nos jugábamos mucho, así que no me importaba. «¿Y si lo hacemos el sábado 9?», le pregunté, porque aquel fin de semana no había partido. Rinus esbozó su típica sonrisa, tan amplia, sin que yo entendiera bien el porqué. Resulta que el 9 de febrero era también el cumpleaños de Michels...”

“Mi familia viene en primer lugar, en todas mis decisiones”

Frase de 1969 de un joven Cruyff que solo un año antes se había casado con Danny. Frase premonitoria también, porque se sospecha que algunas de las decisiones cruciales en la carrera del futbolista se tomaron con el beneplácito de Danny; por ejemplo, parece ser que la esposa jugó un papel importante en una sonada ausencia de Cruyff en el panorama mundial, en el Campeonato del Mundo de 1978, en Argentina, donde Holanda repetiría el puesto de finalista de Alemania 74, para caer de nuevo ante los anfitriones. Aún coleaba en la mente de algunas esposas el escándalo con mujeres desnudas que habían acompañado a los jugadores holandeses en la piscina de su hotel tras acceder a la final del Mundial de Alemania y que hizo estallar a la celosa Danny en cólera. Corre el rumor por Holanda, incluso más de 36 años después, que al regresar de Alemania Johan tuvo que

Edwin Winkels

jurar a Danny que nunca más se marcharía para un torneo cinco o seis semanas de casa. Holanda se clasificó de forma brillante para el Mundial de Argentina, con participación de Cruyff en casi todos los partidos, pero, logrado el pase a Suramérica, dijo que no viajaría. No dio apenas razones. Un programa de televisión reunió el apoyo de los espectadores para convencerle de no fallar a los oranje, pero ni el amable y respetado seleccionador Ernst Happel lo logró, ni siquiera prometiéndole que solo tendría que venir después de la primera ronda, en la que esperaban rivales como Irán, Perú y Escocia. En vano. Cruyff anunció su retirada definitiva de la selección, después de haber disputado desde su debut, 11 años antes, solo 47 partidos, en los que marcó 33 goles.

Más de 30 años después, en una entrevista en Catalunya Ràdio, Cruyff reveló uno de los argumentos para no viajar a Argentina: un atraco a su casa, un intento de secuestro el 19 de septiembre de 1977, cuando un estibador del puerto de Rotterdam, Carlos G., un barcelonés de 46 años emigrado a Holanda, se desplazó en su coche a Pedralbes, después de haber comprado en Francia un rifle de calibre 22 con cañones recortados, y se presentó en el tercer piso del número 64 de la Calle de Caballeros, como se llamaba la calle entonces. Danny abrió la puerta y el hombre dijo que tenía un paquete para Johan, que tenía que entregárselo personalmente.

Según una de las crónicas de sucesos de aquellos días, “el individuo encañonó al jugador, le obligó a sentarse en una silla y allí le ató. Fue en ese momento en que el individuo se hallaba amordazando al jugador cuando, en un descuido, Danny se hizo con el arma y salió corriendo a la escalera a la vez que gritaba en busca de socorro. Los vecinos, de esta forma alertados, y dado que Danny Cruyff no soltó el arma en ningún momento, pese a ser perseguida, el desconocido fue reducido por los vecinos”.

Otra versión decía que fue Cruyff quien engañó un poco al atracador, al pedirle que le soltara ligeramente las cuerdas, ya que lo habían operado recientemente y le dolía mucho. Mientras el hombre accedía, Danny huyó escaleras hacia abajo y fue Carlos quien, en la persecución, perdió el arma. El rifle fue recogido por el propio Cruyff,

que había logrado librarse de las cuerdas y que encañonó al atracador, diciéndole: “¿Qué se siente ahora, apuntado por un arma?” Durante las semanas siguientes, la policía asignó a los Cruyff vigilancia especial, pero Danny ya habría hecho una petición desesperada a Johan: “No vayas a Argentina; no quiero estar aquí sola con los niños tanto tiempo.”

“Para Jordi fue más duro que para mí; él estaba con los otros jugadores y debía escuchar a veces que yo era un cabrón”

No le toques a la familia. Es sagrada. Los Cruyff siempre han formado un clan muy unido, ahora incluso todos tienen sus casas y trabajo en menos de un kilómetro cuadrado de distancia en Barcelona. Solo Susila, la menos conocida de los tres hijos de Johan y Danny, se ha desmarcado durante décadas un poco de la familia, buscando su propia vida en Gijón. Claro que los niños no estaban muy de acuerdo cuando su padre decidió en 1988 aceptar la oferta de dirigir al Barça. Eran adolescentes, iban al instituto en Amsterdam, tenían ahí a sus amigos y algún *noviete*. Pero Johan no les iba a dejar atrás, todos tuvieron que venir con los padres a Barcelona. Ahora, 22 años después, siguen ahí, su vida es en Catalunya, aunque Jordi aún ha estado dando tumbos por Europa para agotar sus últimos años de futbolista, de Donetsk (Ucrania) a La Valetta (Malta), pero siempre para regresar después a su casa, en Barcelona.

Por supuesto que al futbolista Johan le debió ilusionar que su tercer hijo fuese varón. Padres futbolistas quieren ir con sus hijos futbolistas los sábados o domingos por la mañana, desde que tienen poca edad, a los campos de fútbol para verles realizar sus pinitos en este deporte. Es el fútbol más puro, menos contaminado, aunque ya a esa edad hay padres que sueñan que su hijo será el gran *crack* del futuro.

Edwin Winkels

No fue fácil la vida futbolística de Jordi Cruyff. No tenía el mismo talento que su padre, pero sabía que su apellido inconfundible, casi único en el mundo, le perseguiría siempre y podría pesar como una losa sobre sus hombros. Jugaba en el Barça B cuando Johan le ascendió, en el verano de 1994, al primer equipo, con solo 20 años. Se había marchado Laudrup, Romário había regresado como un divo intratable del Mundial que Brasil acababa de ganar. Delante todavía estaban Stoichkov, Txiki y el recién llegado Hagi. Jordi ya debutó en la pretemporada, ante el Brøndby; luego, en un encuentro de la Copa Catalana, y en la primera jornada de liga, en Gijón, ante el Spórting, disputa sus primeros 20 minutos oficiales. Lleva el dorsal 14, pero de nombre solo pone Jordi. Será su nombre futbolístico, nada de Cruyff, que de ése solo había uno. No tenía Jordi, por supuesto, el mismo talento que su padre. Pero el problema era sobre todo otro: “Está claro, al cien por cien, que para mí solo ha sido un inconveniente ser hijo del entrenador”, diría Jordi después, cuando ya se había marchado al Manchester United, donde la fragilidad de una rodilla le impidió conseguir un lugar fijo.

“Si alguien utiliza a Jordi para enfrentarse a mí que se prepare, porque entonces iré con pistolas, ya que los cuchillos no serán suficientes”

La muestra más clara de los problemas para Jordi de ser hijo de quien es se produjo en mayo de 1996, poco antes de irse con la selección holandesa a la Eurocopa en Inglaterra. Acababan de despedir a su padre y quedaba el partido en casa ante el Celta de Vigo, el día después. Jordi, enfadadísimo y triste, molesto además con Charly Rexach por no ser solidario con Cruyff y coger el mando, se negó a entrenar. Charly llamó a Johan a casa y le dijo que su hijo no había asistido al entrenamiento, pero que era profesional y que debía en-

trenarse. “Ese problema ya no es problema mío”, le contesto el ya ex entrenador. Al final, entre los tres llegaron a un pacto: Jordi sí jugaría el partido, pero lo haría hacer desde el primer minuto, y Charly lo cambiaría poco antes del final, como un homenaje a su padre. Jordi le reprochaba a Rexach su actitud: “Le dije que no entendía cómo es que seguía ahí, cuando en sus opiniones sobre Núñez había sido siempre aún más extremo que mi padre.” En el partido, Jordi ayudó a remontar el 2-0 que llevaba el Celta de ventaja; el Barça ya ganaba por 3-2 y poco antes del final abandonó el terreno de juego, antes incluso que Rexach hiciera sacar el letrero del cambio. El Camp Nou se puso en pie y el enfado hacia Josep Lluís Núñez, silbado y vilipendiado en la hora y media previa, estalló con un grito unánime de “Cruyff, Cruyff, Cruyff”. Jordi ya no jugaría nunca más para el Barça.

“Haré algo en relaciones públicas. No seguiré en el fútbol de ninguna manera. Yo no sirvo de entrenador”

Era el año del magistral aunque doloroso Mundial para Holanda, 1974; Cruyff acababa de cumplir 27 años, aún le quedaban años de jugador, pero, preguntado por el futuro, tenía una cosa clara: no seguiría ligado a ese mundo que tanto le había dado y, al revés, al que él había dado aún más. Pero fueron palabras de un hombre joven, sin aún ni idea de que él, sin fútbol, no podría vivir. Además, si había un jugador que sobre el campo y en el vestuario ya ejercía de entrenador, ése era Johan Cruyff. Buscó incluso conflictos con entrenadores porque él sabía mejor que ellos lo que había que hacer. Hay dos momentos históricos que lo reflejan: primero, su batalla contra Hennes Weisweiler en el Barça, el técnico alemán, muy alemán, que no quiso hacerle caso a una estrella que le había pedido no jugar solo en la punta del ataque.

Edwin Winkels

Resultado: el club acabó despidiendo a un frustrado Weisweiler. El segundo episodio tuvo lugar en 1980, cuando a su regreso de Estados Unidos Cruyff estaba sin club y entrenaba con el primer equipo del Ajax para mantenerse un poco en forma. Como sabía tanto de fútbol y tuvo mucha influencia en los jugadores, que le admiraban, la directiva le nombró asesor técnico. A finales de noviembre, el Ajax iba perdiendo un partido en casa ante el Twente por 1-3 cuando Cruyff, que se encontraba en la grada junto a Danny y un jovencísimo y rubio Jordi, decidió bajar al campo en medio del partido. Una cámara de televisión lo registró a la perfección: abrió la puerta de la valla que daba al césped, se sentó a lado del entrenador, Leo Beenhakker, que, visiblemente molesto, vio cómo Cruyff tomaba las riendas, empezaba a dar instrucciones, gritaba a los jugadores y gesticulaba sin parar. El Ajax acabó ganando por 5-3.

Aquel día, Johan Cruyff fue más entrenador que nunca, tal vez fue su debut oficial, aunque tardaría aún cinco años en serlo de verdad. Tras dejar el fútbol en 1984, regresó al año siguiente al club de su juventud para ayudar al Ajax en lo que fuera. Así, bajó al campo de entrenamiento del Ajax e iba dando instrucciones y lecciones a los jugadores, pasando casi sin darse cuenta de ser jugador a ser técnico. Pero, como no tenía el título oficial de entrenador, se inventó el de *director técnico*, un puesto que en aquella época no se conocía en el fútbol. La Federación Holandesa de Fútbol, sin embargo, lo consideró entrenador y tuvo un problema: sin diploma o título, Cruyff no podría ejercer como tal. Fue en 1987 cuando la federación decidió *regalarle* el título por sus méritos para el fútbol holandés, sin tener que pasar por el obligado cursillo. Solo una persona se opuso, el director de asuntos técnicos de la federación, nada menos que el propio Rinus Michels, que quiso impedir que su antiguo pupilo, el jugador que había sido determinante en sus éxitos como entrenador, fuese entrenador de esa manera. *Celos* fue una de las explicaciones, los mismos celos por los que Michels impidió tres años después que Cruyff fuese seleccionador de Holanda durante el Mundial de Italia. Nadie entendió la actitud de Michels —*Mister Mármol*, en Barcelona; *El General*, en Holanda—, el inventor del fútbol total en medio mundo.

“Ha escuchado las campanas del reloj, pero no sabe qué hora es”

Es el problema de vivir entre dos idiomas, el materno y otro. Cada lengua tiene su propia riqueza, sus miles de expresiones también. Y no todo el mundo es capaz de aprender con facilidad otro idioma; la mejor muestra es el bajísimo nivel de inglés en las escuelas catalanas y españolas. Pero cuando se domina más o menos con agilidad la nueva lengua, tiene su gracia aprender y también usar sus expresiones típicas, cosas que casi exclusivamente se aprenden en la calle o leyendo periódicos, por ejemplo; es decir, en la vida cotidiana. El problema se presenta cuando quieres traducir literalmente un refrán de tu propio idioma al otro.

Del holandés al castellano, en este caso. Hay unos cuantos que coinciden, que parecen universales, como “donde fuego se hace, humo sale”, “no hay mejor defensa que un buen ataque”, “no es oro todo lo que reluce”. Luego, hay algunas pequeñas, sutiles variaciones. Si en castellano “más vale un pájaro en mano que ciento volando”, en holandés se habla de solo 10 volando. Y si en España “a caballo regalado no le mires el dentado”, en Holanda “no se le mira en la boca”. Y mientras que en castellano “el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra”, en holandés es “el burro no tropieza dos veces con la misma piedra”. Luego, los hay que no tienen traducción literal, sino que se cambian por completo: de “de tal palo, tal astilla” se pasa, en holandés, a “la manzana no se cae lejos del árbol”.

Resulta lógico que Johan Cruyff, que ya tiene sus problemas habituales tanto con el holandés como con el castellano, tropezara alguna vez en su intento de trasladar una típica expresión holandesa al castellano. Concretamente, de la expresión “Ha escuchado las campanas del reloj, pero no sabe qué hora es”, él mismo podía reírse cuando dio la explicación de dónde la había sacado. En holandés hay un refrán que dice: “Ha escuchado las campanas del reloj [del campanario], pero no sabe dónde está el badajo”, que se refiere a que una persona se ha enterado de una cosa, pero solo superficialmente; en realidad, no tiene

Edwin Winkels

idea de dónde viene o qué quiere decir la historia. Pues, en fin, empezaba a traducir Cruyff esa expresión al castellano, cuando a mitad de la frase se dio cuenta de que no tenía ni idea de cuál sería la traducción de *klepel* al castellano: *badajo*, una palabra poco usada que es difícil que un extranjero conozca. Así que Cruyff decidió rápidamente cambiar la segunda parte de la expresión: “pero no sabe qué hora es”. Y se quedó tan ancho.

“Un paloma no hace verano”

Una frase en la misma categoría que la anterior, con el agravante de un atropello gramatical. Tal vez hay que empezar por eso: la masculinidad de todos los sustantivos. En el holandés, los artículos no distinguen entre palabras masculinas o femeninas. También hay dos artículos, *de* y *het*, pero apenas hay reglas para explicar cuándo se usa uno y cuándo el otro. El holandés, de hecho, es uno de los idiomas más difíciles del mundo debido a la ausencia de muchas reglas concretas y, sobre todo, a las incontables excepciones a las pocas reglas que sí tiene.

Un holandés que crece con su idioma sabe de memoria cuándo usar *de* y *het*, pero aparentemente tiene muchos problemas para distinguir en otros idiomas (castellano, catalán, francés, italiano, alemán) el género de los sustantivos. Eso, por supuesto, se puede aprender. Se debe aprender; pero aparentemente desde el primer día que Cruyff llegó a Barcelona, en 1973, decidió que lo más cómodo para él sería que “todas las palabras” fuesen masculinas, a excepción de algunas lógicamente femeninas, como *mujer* y *chica*, en las que no había posibilidad alguna de confusión. Incluso la norma general —aunque tenga excepciones— de que los sustantivos que terminan en *a* sean femeninos no le fue de ayuda; de ahí, “un paloma”.

Lo que pasa es que esa *paloma*, femenina o no, no estaba en su lugar en esta expresión, por supuesto. Ni siquiera fue fruto de una

mala traducción, porque también en Holanda las palomas ensucian las ciudades durante todo el año con sus excrementos y apenas merecen formar parte de un refrán. También ahí, en la patria de Johan, son las golondrinas que van llegando con la primavera y por eso dice que una sola no hace verano. Pero ¿cómo iba a conocer Cruyff una palabra tan poco común como *golondrina*, que tal vez solo le recordaba a las pequeñas embarcaciones típicas del puerto de Barcelona?

“Gallina de piel”

Otra histórica. Demuestra la capacidad de dejar huella en un país, en un idioma. A principio de los años noventa fue una expresión absurda, totalmente desconocida. Pero quien ahora escribe en el buscador de Google “gallina de piel” encuentra unos 321.000 resultados. No porque la gente se equivoque, sino porque Cruyff sirve de inspiración. Unos años más, y la “piel de gallina” tradicional ya no existe, desplazada por la tremenda “gallina de piel” que se inventó el holandés un día que había visto jugar a su equipo el mejor fútbol.

Seguramente, sería el histórico partido ante el Dinamo de Kiev, un 4-1 de fútbol total en la temporada 1993-94, el partido perfecto, el mejor partido que recuerdan también los jugadores de aquella época, con el 1-0 de Laudrup como ejemplo sublime de fútbol colectivo y pase al primer toque. “Gallina de piel”. Una expresión que, por supuesto, también existe en holandés, y de ahí tal vez el tropiezo de Cruyff en castellano, porque en su idioma materno se dice, en una palabra, *kippevel*: allí, la *gallina* (*kip*) llega antes que la *piel* (*vel*).

Hay que reconocer que no siempre es fácil pasar rápido de un idioma a otro, sobre todo en el fútbol, donde hay algunas expresiones muy típicas en cada lengua. Unos años más tarde que Cruyff, su compatriota Louis van Gaal también aportó varias perlas, desde su “siempre negativo, nunca positivo” hasta “tú no tienes ritmo”; aun-

Edwin Winkels

que la más curiosa pasó desapercibida para la mayoría de la gente, ya que la gritó durante un entrenamiento en el campo de la Masia, en la sombra del Camp Nou. No le gustó cómo el *Chapi* Ferrer —tardó poco, Van Gaal, en sustituir a los laterales Sergi y Ferrer por sus compatriotas Bogarde y Reiziger— dio un pase demasiado flojo. A este tipo de pases, cuando al balón pueden llegar tanto al compañero como al rival, se le llama en holandés *ziekenhuisbal*: un balón (*bal*) que por el choque que se produce entre dos jugadores, podría llevar a uno de ellos al hospital (*ziekenhuis*). Y fue eso lo que gritó Van Gaal al jugador, en su castellano aún muy rudimentario: “¡Chapi, no balón hospital!” Y Ferrer se lo miraba, no entendía nada: a 100 metros de la Masia había un hospital, la Maternitat, pero precisamente creía que había dado un pase demasiado flojo y no un patadón con el balón volando hacia el hospital.

“En un momento dado”

Lingüísticamente no hay alguna objeción a esta expresión. Se usa, se usaba, pero Cruyff casi lo convirtió en un himno, al galardonar casi cada rueda de prensa o entrevista con esta cita. No una, sino varias veces. Traducido también literalmente desde el holandés. Un compatriota suyo, Ramon Gieling, realizó un documental muy logrado sobre la figura de Cruyff en Barcelona con este mismo título. *Un momento dado* se estrenó en Holanda con este título original en castellano —no hacía falta traducción, porque todo el mundo sabía que se refería a Cruyff. Igual que la “gallina de piel”, “un momento dado” se ha convertido en un fenómeno en Internet, donde un web curioso como la Frikipedia, el hermanito gracioso de la enciclopédica Wikipedia, le dedica un párrafo original: “En un momento dado. Este es un punto importantísimo para comprender la magnitud del problema. Ha de quedar claro que cada instante, cada segundo puede ser un momento. Es decir, un momento dado se puede dar en cualquier instante. Es

la grandeza de «en un momento dado» porque puede utilizarse para todo y de cualquier manera. Cada momento de cada instante ha sido dado en el espacio/tiempo; por tanto, puede siempre haber pasado algo. Esto puede resultar de gran utilidad cuando un partido de fútbol está siendo un desastre y la persona se deprime en consecuencia, porque esta filosofía te permite siempre mirar el lado positivo de las cosas, siempre podrás pensar: hombre, esto en un momento dado puede cambiar. Es decir, nunca se sabe lo que puede pasar.” El propio Cruyff no lo hubiera explicado mejor.

“Este es uno” (1)

Tres palabras fijas para comenzar una imitación de Johan Cruyff en Crackòvia, con además ese pronunciado acento. No un acento únicamente holandés, sino que además esconde el acento habitual de Amsterdam. Este es uno. Solía comenzar Cruyff algunas explicaciones de esta manera. El problema es que a veces se perdía tanto en la primera parte de su discurso, que después del *uno* no llegó nunca el *dos*. Acuña esta expresión desde muy al principio, recién llegado, cuando aún no conocía la versión correcta de “en primer lugar”. *Lugar* es, para un holandés novato en el castellano, una palabra muy extraña, que no se parece a ninguna otra palabra del mismo significado en otros idiomas. Lugar, no. Cruyff se limitó a lo más sencillo. “Este es uno.” También confesó alguna vez que este tipo de frases hechas las decía expresamente. Ni tenía intención de añadir: “y en segundo lugar”, sino que al utilizar el “este es uno” ganaba un tiempo corto pero precioso para encontrar una respuesta adecuada a la pregunta que le acababan de formular. En resumen, “este es uno” es lo que en lingüística se llama *muletilla*, palabra o palabras que sirven para alargar lo que estamos diciendo a fin de darnos un poco de tiempo, aunque sea mínimo, para poder pensar lo que diremos a continuación.